

LO PRIMERO

Buenos amigos y grandes deseos

Son muchos los amigos en el Señor que han trabajado este verano para despertar grandes deseos. Jesuitas historiadores de los cuatro continentes se han reunido para el Cuarto Coloquio de Chantilly para escuchar ponencias precisamente sobre el tema "Amigos en el Señor" (como la historia de los grandes deseos mencionada más adelante). En Brasil se ha celebrado la XIII Asamblea General de las Comunidades de Vida Cristiana, para inflamar la CVX mundial con una misión común. Las Doroteas y las religiosas de Notre Dame han tenido sus capítulos generales llenos de santas esperanzas. Y mientras elegían a su nueva superiora general, las religiosas del Niño Jesús pedían a sus miembros tomar el compromiso siguiente, de largo alcance: "Creemos que nuestro creciente deseo de convertirnos en una Compañía con un solo corazón y una sola alma forma parte de un inmenso deseo de integración, cohesión y relaciones correctas, muy general en el mundo de hoy y que es obra del Espíritu Santo (XXIV Cap. Gen., 1998, Compromisos).

Todas estas labores hacen observar que unos deseos inmensos están barriendo el mundo de hoy y todos sus componentes. Los amigos en el Señor han trabajado en la confluencia de dos realidades: el deseo personal y el influjo de otros. En efecto, es claro que viven una experiencia difícil de describir pero cierta: el deseo es el influjo de otros. Reflexionar sobre esto quizás sea más divertido que leer un capítulo de la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, pero se puede revelar más fructuoso cuando tanto se habla de deseo y discernimiento. Por lo menos, hay algunas ideas que emergen claras de tanta oscuridad.

El deseo, es el influjo de otros. Para empezar, contrariamente a los otros vertebrados dotados de numerosos instintos, los seres humanos no tienen más que dos al momento de nacer: ingerir y comunicar. Mamamos y chillamos. Más tarde en la vida, deseamos otras muchas cosas igual que los demás humanos: la alimentación, un techo, la seguridad, el sentido de pertenencia y el amor figurarían en la mayor parte de las listas de los antropólogos; otras nos parecen personales: la vocación personal encabezaría la lista. Pero todo lo que deseamos, hemos aprendido a quererlo de otros, que nos enseñan, nos muestran y nos invitan a desear. Cierto, nuestros deseos personales surgen bajo el influjo de otros.

Los que toman en serio su vida interior quizás encontrarán esta afirmación un poco absoluta. Los guías espirituales de Oriente y Occidente, Norte y Sur, han estado

concentrándose en los "deseos auténticos", que generalmente describen como deseos que surgen únicamente del "yo" personal. Han insistido en un punto necesario, pero no en todos los puntos necesarios. Porque es razonable llamar deseo lo que es verdaderamente personal sólo si se entiende que la *persona* que desea puede vivir únicamente en comunidad - que es donde se aprende el deseo.

*esto se ve claramente en la
vida diaria*

Esto se ve claramente en la vida diaria. El niño que al comienzo detesta las zanahorias o las espinacas, acabará con un poco de práctica y de suerte por desearlas. Todo adolescente tiene deseos personales intensos - que son siempre los mismo que los de los adolescentes del vecindario. ¿Accidente? Probablemente no. Luego está la publicidad. En Argentina, en Taiwán y en Italia, la plaqueta verde con un círculo rojo trata de llamar la atención sobre el nombre de *Lucky Strike*, e incita a jóvenes y tontos a fumar. Otra publicidad induce a los hombres a comprar automóviles de gran cilindrada y a las mujeres, vestidos exorbitantemente caros. ¿Qué es lo que hace funcionar a la publicidad?

El antiguo método de hacer publicidad consistía en mostrar la excelencia de un producto: el mejor, el más completo, el más fino, etc. La atención se concentraba en el producto. A mitad de siglo, más o menos, el nuevo método comenzó a mostrar a las personas sus "necesidades". La atención se ha desplazado al consumidor. Se argumenta de esta manera: "Mejorarás si usas este producto. Estarás en mejor forma con solo utilizar tal producto. No contarás nada en tu mundo si no dispones de esto o de aquello. Y finalmente: "Sé todo lo que puedes llegar a ser" - viste la marca X, y que se vea. "Bebe el refresco marca Z, que beben todos los que figuran". "Más que una promesa: esto es lo que SOIS". Nos reímos de la publicidad; la odiamos y la despreciamos. Pero funciona. Todo el mundo desea hoy zapatos de carrera blancos con vistosas decoraciones, la televisión a colores, una cadena de oro, un coche. *Queremos* estas cosas, éstos son nuestros deseos. Funciona porque el deseo es el influjo de otros.

Decir que la gente no se ha preocupado de esta difícil verdad apenas es una exageración. Aunque lo vean, la mayor parte cierran los ojos. Prefieren vivir la ilusión -una de las ilusiones menos razonables del individualismo moderno- de que sus deseos son totalmente personales. Pero delatan lo que creen con lo que hacen. En general los tales visten, comen, guían, se sientan en, miran y disfrutan las mismísimas cosas que los demás. Sus gustos son convencionales. Sus juicios morales son convencionales. Sus vidas son convencionales. Entonces, ¿hacen simplemente lo que hacen los demás? No, la cosa cala más hondo: desean lo que todos desean.

A migos y Deseos. Quizás, hasta cierto punto, todos deseamos de hecho y debemos desear lo que desean los demás. Pero el influjo de los amigos constituye un caso particular. Este influjo es la fuente de energía de los clu-

*los amigos se ayudan
mutuamente a desear la
misma misión común en el
Señor*

bes y de las sociedades y aun en los partidos políticos de arraigo. El influjo de los amigos rige también "el apostolado de la conversación espiritual", a no ser que se haya convertido en una vaga charla trascendental. Nos abrimos a nuestros amigos, no solamente para invitarlos a compartir nuestros deseos, sino también para inflamarnos interiormente, en armonía con el amor que nos tenemos. Los jesuitas del mundo entero desean actualmente abrir sus ministerios a la inculturación, al ecumenismo y a la potenciación de la justicia. ¿Cómo ha podido ser así? Este año, las congregaciones ignacianas han trabajado a través de procesos antes, durante y después de sus capítulos generales dirigidos precisamente a desear de un modo diferente del pasado. El hecho más sorprendente de este verano es quizás que las Comunidades de Vida Cristiana se han propuesto ayudarse mutuamente a desear la misma misión común en el Señor.

Ahora podremos arrojar luz sobre un par de ideas: una teológica y la otra de espiritualidad ignaciana. Desde el punto de vista teológico, el concepto según el cual el deseo es el influjo de otros ilumina las estructuras sociales del pecado y su manera de funcionar. Los niños pequeños se habitúan a un consumismo superficial en cuanto les empiezan a gustar las zanahorias, un hecho que los papás de la CVX constataron con tristeza. A los jóvenes se les enseña a querer las drogas. Los socios de las empresas aprenden el valor de los atajos. Los matrimonios aprenden a desear una dudosa independencia. El mundo desarrollado desea vivir joven hasta que se muera a los 95 años. En

*las estructuras de pecado
son intersubjetivas*

todo esto emergen las estructuras de pecado, concretas y evidentes. No son ni simplemente objetivas, ni simplemente subjetivas. Son intersubjetivas. Del modo más primitivo, residen en el "profundo anhelo" que, según las Religiosas del Niño Jesús, está barriendo el mundo. Este anhelo es en gran parte una especie de radioactividad del deseo - impensante, inexorable, desordenado y desordenador. Y en una parte mayor aún, así lo creen confiada-

mente los cristianos, es obra del Espíritu.

De ahí surge otra cosa clara, esta vez en el campo de la espiritualidad. La idea de que el deseo es el influjo de otros arroja luz sobre experiencias de las Dos Banderas. ¿De dónde vienen tus deseos? ¿De una publicidad radioactiva, de una convención, del conformismo? Si es así, recuerda los diez mandamientos antes que sea demasiado tarde. ¿Tus deseos provienen directamente de los amigos en el Señor? ¿O bien directamente del mismo Señor? Si es así, espera a quedar sorprendido de lo que llegues a desear auténticamente: una vida sencilla de servicio, el amor de Dios, un mundo justo, vivir y morir con amigos santos.

Se podrá encontrar todo esto poco convincente. Bien. Hagamos la hipótesis de que el influjo de otros dirige nuestra vida diaria. Queremos un dentífrico, no el polvo; queremos una televisión en color y no una televisión en blanco y negro; o tanto menos, Dios no lo quiera, el silencio. Deseamos frigoríficos para los alimentos, electricidad para el teléfono y la televisión; queremos un cierto control sobre nuestra vida política y social

y que la violencia social se acabe. Nuestro mundo quiere todo esto todos los días. Pero el influjo de otros sobrepasa de mucho lo cotidiano. Afecta íntimamente nuestra elección de un modo de vida.

La historia de Ignacio ofrece una pertinente ilustración que permite verificar nuestra hipótesis. Ignacio deseaba vivir en pobreza con sus compañeros, tal como lo habían hecho Jesús y los primeros apóstoles y deseaba ir a Jerusalén para fines vagamente vislumbrados pero no expresados, o, si no, ir a Roma. Se hace amigo de Pedro Fabro, Francisco Javier y otros estudiantes de la Universidad de París. Compartieron varios años cuarto, pensión y estudios e intercambiaron experiencias espirituales. Luego, poco antes de abandonar París, Ignacio dio a cada uno los *Ejercicios Espirituales*. Cada uno de los compañeros hizo entonces su elección libre de toda influencia del que había escrito la Anotación 15.

Cada uno mantuvo secreta su elección durante un cierto tiempo (¿para no influenciar el deseo de los demás?). Luego, quizás, durante uno de sus habituales encuentros de la tarde, al fresco, en la universidad, cada uno dijo lo que había decidido. El primero anunció que había decidido vivir en pobreza en un grupo evangélico y de ir a Jerusalén por motivos fácilmente presumibles pero no declarados, o si no, de ir a Roma. El segundo anunció que había decidido vivir en pobreza en un grupo evangélico y de ir a Jerusalén, o si no ir a Roma. Y así sucesivamente. Cada uno reveló el mismo secreto. ¿Fue un milagro de la gracia que todos hubieran hecho la misma elección? Es posible. Pero antes de apostar por el milagro, sería bueno hacer notar que Ignacio los había trabajado meses y aun años. Según los relatos de todos, Ignacio se había convertido en su maestro. Como sucede con todos los maestros, sus deseos conformaron los de sus discípulos. Y entonces, estos deseos se convirtieron verdadera y auténticamente en deseos personales permanentes de cada uno de los discípulos, de cada amigo en el Señor.

*el influjo de otros sobrepasa
de mucho lo cotidiano*

Lo mismo ha sucedido en la fundación de muchas otras congregaciones. Tomemos, por ejemplo, a las Religiosas de Nuestra Señora de Coesfeld. Al comienzo son dos amigas, Aldegonda Wolbring que se llamó María Aloisia y Lisette Kühling que se llamó María Ignacia. Estas dos mujeres de Münsterland, en Alemania, recibieron su formación de maestras según el método del originalísimo Bernard Overberg, a quien se le atribuye la creación de las escuelas normales. Bernard influyó claramente en los deseos de sus estudiantes para enseñar a la persona entera. Estas dos mujeres descubrieron con sorpresa que compartían el deseo de estar al servicio de los niños minusválidos de aquel tiempo - especialmente muchachas minusválidas. En realidad se trataba de niños de la calle. Ambas esperaban actuar simple y modestamente en una escuela parroquial de Coesfeld. Pero el joven coadjutor de la parroquia Theodor Elting, hombre de oración, se convenció de que debían entrar en una congregación religiosa. Su deseo se convirtió en el deseo de ellas. El obispo diocesano deseaba ardientemente restablecer congregaciones femeninas en una región donde habían sido abolidas. Estos deseos se convirtieron

en los deseos de Aldegonda Wolbring y Lisette Kühling, pero ninguna de ellas renunciaba al deseo despertado al comienzo: "Aunque la congregación, si las circunstancias lo requirieren, establece escuelas para la instrucción de muchachas de todas las clases, su objetivo principal es educar muchachas pobres".

Estos dos relatos de deseos se repiten en la fundación de todas las congregaciones ignacianas. Pero la aureola de santidad que rodea estos acontecimientos es tan intensa que nos obliga a analizar tres hechos sencillos, que ilustraremos con lo ocurrido en el primer relato, pero que se verifica igualmente en los demás.

el tipo de escucha que conduce a la unión de corazones...

Primero, comparten. Los primeros compañeros de Ignacio conformaron sus deseos lentamente, durante horas y horas, a lo largo de lo que hoy llamamos intercambio. Hablaron y hablaron. Hasta hacer que los encuentros de este verano nos parezcan breves en comparación con aquéllos. Compartieron algo más que con palabras, y conviene advertirlo. Ignacio compartió el

dinero que había reunido en Flandes; Javier sus nociones de filosofía; Fabro sus nociones de teología. Los jueves por la tarde se retiraban al fresco y compartían lo que tenían para comer. Los domingos por la mañana, iban juntos a los cartujos para compartir conversación espiritual, culto y comunión. Cuando cada uno tomaba su decisión durante los ejercicios, descubría su deseo auténtico: compartir su vida con los demás, trabajando con Cristo al servicio de las almas.

Segundo, escuchan. Sus largas conversaciones espirituales exigían una larga escucha. Esto es obvio. Lo que puede ser menos evidente es que esta "escucha" exige una intensa actividad. Es más: como Franz Meures hace notar más adelante con gran profundidad, el tipo de escucha que conduce a la unión de corazones (es decir, una participación de deseos) requiere una afectividad madura. Vale la pena poner de relieve este aspecto, aunque parezca evidente, porque el hombre de hoy no distingue fácilmente entre oír y escuchar. No importan mucho las palabras que se utilizan. Las lenguas europeas dicen gráficamente de los que oyen y no escuchan que las cosas les entran por un oído y les salen por el otro. Como quiera que se diga, una escucha cuidadosa y atenta es algo muy raro. La gente paga mucho dinero para hacerse oír atentamente por terapeutas competentes y especializados.

...requiere una afectividad madura

La amistad verdadera y prudente crea esta escucha mutua y a la vez es creada por ella. Como competencia, la escucha de los amigos requiere formación - primero la que se sugiere en la Primera Anotación. Como cuidado, la escucha de los amigos exige ciertamente la gracia del Espíritu Santo - precisamente el tipo de cuidado sugerido en el párrafo [22] de los *Ejercicios*. Allí se lee que la amistad establece un orden especial

entre el oír y el escuchar, el modo de escuchar que "todo buen cristiano" está dispuesto a ofrecer. El párrafo se refiere a lo que oímos y a lo que queremos escuchar. Era y sigue siendo extraordinariamente radical. Y la amistad es la fuerza impulsora de esta escucha cristiana, como dice el párrafo de manera explícita: escuchamos competente y cuidadosamente "movidos por el amor".

Finalmente, deciden a una. Para aclarar un último punto, los siete amigos en el Señor tomaron juntos una decisión para toda la vida. Más tarde, en Roma, con otros tres que se les juntaron, trabajarían para llegar unánimemente a decisiones jurídicas importantes. Descubrieron que no podían mantener la unanimidad. Tenían que recurrir al voto mayoritario. Este recurso al voto no carece de interés para los amigos en el Señor siempre que se reúnen para tomar decisiones. Los reunidos este verano han tomado decisiones serias. No siempre con nitidez y no siempre con la tranquilidad que muchos directores espirituales gustan de llamar "la paz de la confirmación". Su confirmación ha sido, más bien, una participación íntima en un nuevo deseo de regresar a casa para cumplir lo que han decidido hacer. Tranquilos, quizás, pero también inquietos.

Discernimiento significa trabajar como amigos. Los grupos ignacianos llamaron su encuentro "discernimiento ignaciano". Al hacerlo, olvidaban alegremente la desafortunada insistencia actual en que el discernimiento ignaciano debe hacerse según el movimiento de los espíritus. Evidentemente no pensaban así. Al contrario, creían claramente que de los tres modos para hacer elección indicados por Maestro Ignacio, el primero (una decisión simplemente indicada) y el tercero (una decisión forjada en una cuidadosa reflexión) son tan válidos como el segundo (según el movimiento de espíritus), tanto fuera como dentro de los Ejercicios. Es más, habían fijado de antemano procesos con horarios precisos para estos discernimientos en común.

*después de todo, estas
amistades forjan los deseos
de nuestra vida*

Algunos hablan de discernimiento comunitario como si se tratara de un proceso esotérico - meramente prefigurado en siglos pasados por los fundadores de la manera como los pergaminos indican las vías marinas en torno al globo terráqueo - una labor tan delicada como fotografiar rayos gamma o alcanzar el nirvana. El discernimiento comunitario no es eso. Lo que hicieron los compañeros fue escucharse unos a otros a conciencia, con un profundo respeto y con una admiración mutua deliberada. Practicaban uno de sus mejores "dones de lo alto": su santa y profundamente humana amistad. Todos buscaban la voluntad de Dios. Y como cada uno trataba de conservar sus deseos razonablemente ordenados, se dejaban instruir los unos por los otros - aprendiendo cada uno sus propios deseos.

¿Es esto empalagosamente optimista? Bueno, aún queda mucho para entender que el deseo es el influjo de

*para nosotros, el deseo es
ante todo el influjo de este
Otro*

otros. Y estamos muy lejos de haber llegado a algo definitivo. Pero si comenzamos por esto como hipótesis, no encontraremos tan singular el que nos ocupemos obsesivamente de los "problemas" y de las "dificultades" que encontramos para la amistad en nuestras comunidades. No es un argumento banal ni periférico. Después de todo, estas amistades forjan los deseos de nuestra vida. Son prometedores, pero comportan grandes riesgos y peligros. ¿Qué grandes? Philippe Lécrivain relata un incidente instructivo, aunque lúgubre, de la historia de la Compañía, que muestra lo destructiva que puede ser esta amistad en el Señor.

Una persona puede elegir una serie de amigos u otra. Pero la amistad misma figura a la cabeza de los dinamismos humanos naturales. Es tan universal como la herencia genética (que, a su vez, es una bendición o causa graves enfermedades). Así como cada uno posee un código genético, cada uno está destinado a tener amigos. Pero los amigos pueden también enseñar a los amigos a drogarse, a engañar y mentir y cometer violencias, a jugar con el ordenador, a cantar y bailar y a leer poesía.

Entre los amigos en el Señor, nos enseñamos mutuamente a desear conocer, amar y seguir a Jesús de Nazareth, que es el Cristo. Independientemente de cualquier otra cosa que esto pueda significar, quiere decir ciertamente que deseamos lo que él. Para nosotros, el deseo es ante todo el influjo de este Otro. Quien quiera que desee seguirlo debe desear amar como él a toda la humanidad y a todas las personas de su propio ambiente. Esto incluye su bienestar terrenal. Como Cristo lo desea, también nosotros deseamos eliminar toda división étnica, nacional, generacional y toda otra división hostil. Los cristianos luchan por lograrlo, pero lo que queremos es el amor universal. El deseo ha iluminado los capítulos generales de las Religiosas de Notre-Dame y del Cenáculo y las Doroteas. Y se ha manifestado más claramente en los pintorescos equipos de las CVX venidos de sesenta naciones. La amistad en el Señor ha sido, en algunos momentos, de veras sorprendente, con los croatas que buscaban a los eslovenos como padrinos; los africanos de Lesoto que daban un entusiasmante beso de la paz a los afrikaners de Ciudad del Cabo; las largas conversaciones, prolongadas durante horas, entre coreanos, indonesios, canadienses, alemanes, guatemaltecos, todos esperando pacientemente su turno, mientras que uno sacaba lentamente una idea de los entresijos de una segunda o tercera lengua. A veces el encuentro parecía una auténtica Torre de Babel. Generalmente nos hacía recordar Pentecostés.

Al final una pareja de jóvenes brasileños interpretó un canto de despedida, un tango ágil que habían compuesto:

Amigo é coisa para se guardar
Debaixo de sete chaves
Dentro do coração.

Un amigo es algo que hay que conservar bajo siete llaves dentro del corazón. Porque - continuaba el canto - un amigo viene de Cristo y lleva a él.

El canto no era mero sentimiento juvenil. Era Francisco Javier guardando sobre su corazón las firmas de sus compañeros; era Juana Francisca de Chantal en la frontera cruel, recordando a sus amigas allá en su casa. Era Sor María Aloisia yaciendo enferma en Mount St Mary's, escuchando acontecimientos del post-Kulturkampf allá en Alemania con rostro radiante. Al final de las sesiones del congreso de CVX, era una conmovedora profesión de lo esperanzadores deseos que estos jóvenes habían heredado de sus mayores.

Finalmente, todo esto refuerza la hipótesis según la cual el deseo es el influjo de otros. Afortunadamente, es una hipótesis verdaderamente esperanzadora cuando los otros son amigos fieles en el Señor.